DE LA AUTOBIOGRAFÍA. TEORÍA Y ESTILOS

José María POZUELO YVANCOS

(Barcelona: Crítica, 2006)

El interés por el género autobiográfico ha ido en incremento en los últimos años, con una bibliografía creciente en materia de reflexión teórica, en la que no han faltado las aportaciones españolas. Los primeros signos de esta renovada tendencia a ocuparse teóricamente de la autobiografía se detectan ya en la bibliografía española de los años ochenta. De 1981 data el trabajo pionero de José Romera Castillo, «La literatura, signo autobiográfico»; y de 1988, el volumen monográfico de *Hispanic Issues* que N. Spadicini y Jenaro Talens editaron en Estados Unidos con el título de *Autobiography in early Modern Spain*. El fenómeno empezó a hacerse especialmente visible, sin embargo, a comienzos de los noventa, cuando aparecieron a la vez (en 1991) el libro de Nora Catelli, *El espacio autobiográfico*, y el número monográfico de *Anthropos*, *La autobiografía y sus problemas teóricos*; y alcanzó un hito en 1992, año en que Romera Castillo —que acaba de reunir sus trabajos sobre este tema en el volumen *De primera mano*, publicado por Visor— dio un decisivo impulso a la investigación española sobre el género, organizando el primero de sus famosos seminarios sobre autobiografía. Fruto del mismo fue el volumen de actas publicado en 1993 con el título de *Escritura autobiográfica*, que incluía varios trabajos de teoría, como los fir-

mados por Darío Villanueva, Domínguez Caparrós y Fernando Cabo, entre otros.

El de 1993 fue un año decisivo en lo que respecta a la incorporación del área española de Teoría a la reflexión sobre la escritura autobiográfica, puesto que, además de los trabajos que acaban de citarse, vio también la luz, en la editorial Síntesis, el libro de José María Pozuelo, *Poética de la ficción*, que, aunque versaba sobre la ficción, i.e., sobre el relato literario, dedicaba todo un capítulo, el cuarto, al género autobiográfico, con el título de «La frontera autobiográfica». Si el autor distrajo un momento su atención de lo que más le interesaba en ese momento, es decir, de la novela, para ocuparse también de la autobiografía, lo hizo entonces sólo con el objetivo de definir a la primera en relación con la segunda. Se trataba de demostrar que era precisamente en el componente *ficcional* donde se decidía la diferencia entre los dos géneros: por un lado, la novela, género literario y, por ende, ficcional; por otro, la autobiografía, cuyas propiedades formales, muy similares a las del relato de ficción, no hacían de ella, sin embargo, un género literario, puesto que —argumentaba el autor— , por muy «literario» que fuese desde el punto de vista de sus cualidades retórico-compositivas, el relato autobiográfico carecía, por el hecho mismo de serlo, del que, a su juicio, era ya el único y verdadero rasgo definitorio de lo literario: el de la ficcionalidad.

Poética de la ficción significó, pues, un momento de inflexión en la producción de José María Pozuelo. Aunque sus trabajos anteriores no habían sido nunca, en estricto sentido, formalistas, sí habían venido girando en torno al problema de la *lengua* literaria, entendida ésta en términos jakobsonianos como el conjunto de recursos retóricos y/o compositivos que singularizaban al texto literario y lo diferenciaban del resto de los mensajes verbales. Así había ocurrido, por ejemplo, en su magistral investigación sobre *El lenguaje poético en la lírica amorosa de Quevedo*, publicada en 1979, y así siguió sucediendo también en los trabajos de crítica o análisis literarios reunidos, en 1988, en el volumen *Del formalismo a la neorretórica*. Nada de esto obstó, sin embargo, para que al mismo tiempo el autor fuese uno de los primeros en dar noticia en España de que esta clase de estudios sobre la «literariedad» estaba entrando en crisis, la famosa «crisis de la literariedad», de la que habló ya en la temprana fecha de 1983 y en el interior de su primer libro de teoría, *La lengua literaria* —donde anunció también el inminente giro de la teoría literaria hacia la pragmática—. Esta misma idea la reiteraría cinco años después en la «Introducción» *ad hoc* que escribió para *Del formalismo a la neorretórica*, donde, aun polemizando con las versiones más radicales del a-formalismo, dejaba ya traslucir un relativo acercamiento

por su parte a las nuevas tendencias. Esta aproximación fue mucho más perceptible aún en otro libro, *Teoría del lenguaje literario*, que, aunque publicado también en 1988, era de escritura más reciente y, por lo mismo, dejaba ver con nitidez lo esencial de la empresa en la que, a partir de ese momento, estaba comprometido el autor: la de poner a dialogar entre sí a las dos corrientes enfrentadas, la formal-estructuralista y la pragmático-comunicativa, con objeto de alcanzar una visión más abarcadora, por más amplia, del fenómeno literario en su conjunto.

Precisamente a esto se debería el que sea en este libro donde se encuentren las primeras referencias del autor al problema de la ficción, al que se acercó de la mano de Siegfried G. Schmidt y de su «teoría empírica de la literatura». Parafraseando los puntos de vista de esta escuela, Pozuelo explicaba que la ficcionalidad era «rasgo pretendido, voluntario y general para toda expresión literaria», además de la «característica pragmática más definitoria y específica» de la comunicación literaria. Por su parte, si bien estaba dispuesto a admitir que la ficcionalidad era «una de las propiedades más características del lenguaje literario» y hasta que, sin ficción, no había literatura, se negaba a reducir lo literario a este componente. Además, discrepaba de Schmidt en lo que se refería a la idea de que la ficción fuese un rasgo definible sólo pragmáticamente, como conjunto de convenciones sociales de lectura, y le oponía la tesis —mucho más próxima a la defendida por Paul Ricoeur en su famoso *Tiempo y narración*— de que era «rasgo asimismo semántico y aun sintáctico», detectable, pues, en la estructura y constitución misma de la obra literaria. Con esta tesis conciliadora, a medio camino entre lo textual y lo pragmático, Pozuelo ampliaba notablemente la caracterización estructuralista del lenguaje literario, pero sin renunciar todavía a la idea de que ese lenguaje existía y de que tenía rasgos diferenciales, muchos de los cuales siguió analizando minuciosamente en los últimos capítulos del libro, dedicados a la pragmática, pero también a la *estructura*, de los textos líricos y narrativos.

La aparición, cinco años después, de *Poética de la ficción* indicaba, en cambio, ya desde su mismo título, que el componente ficcional empezaba a ocupar una nueva posición de centralidad en su discurso teórico, desplazando así al componente retórico-compositivo. Hipótesis ésta que se veía confirmada en el interior del libro, donde la ficcionalidad no era ya un rasgo más entre los muchos que definían lo literario, sino el rasgo esencial y definitorio de la literatura, convertida aquí de hecho en sinónimo de ficción. No ocurría igual al contrario, pues, tal como explicaba el autor, los territorios de la ficción trascendían el ámbito de lo literario para abarcar también las parcelas

del cine, la televisión, el cómic, etc. En cambio, la literatura sí era, toda ella, equivalente a ficción, hasta el punto de que, a decir de Pozuelo, no existía literatura (ni siquiera la lírica) que no fuese ficcional. Con esta tesis, expuesta con rotundidad en la segunda página del libro, no sólo se oponía a la de Käte Hamburger, que sí había excluido a la lírica del territorio de la ficción, sino que, además y sobre todo, dejaba ver que, finalmente, había decidido reemplazar la vieja teoría jakobsoniana, la que localizaba la literariedad en la diferencia lingüística entre el texto literario y cualquier otra clase de textos no-literarios, por una nueva teoría que, elaborada por filósofos lógicos y por teóricos pragmatistas, hacía residir esa esencia en el carácter ficcional del texto literario y, por tanto, en su relación diferencial con el discurso histórico, recuperando así la clásica teoría aristotélica del arte como mímesis de lo verosímil.

Se entiende, pues, que, por mucho que Pozuelo siguiese insistiendo todavía en este libro en la necesidad de dirimir la ficcionalidad en términos de la propia configuración retórica del texto y no sólo en términos pragmáticos, lo aquí acaecido pueda valorarse en términos de giro o inflexión en su producción teórica. Sobre todo, habida cuenta de que, como dije antes, el capítulo cuarto versaba sobre la autobiografía, género fronterizo a decir del autor, precisamente por cuanto que era el único que desmentía su convicción de que la ficcionalidad pudiera decidirse también y siempre en términos textuales. Según explicaba Pozuelo, muchas novelas autobiográficas no se diferenciaban, formalmente hablando, de una autobiografía, de manera que, en este caso al menos, la posibilidad de dirimir entre un género y otro se basaba enteramente en su funcionamiento pragmático, en el hecho de que los lectores lo leyesen como ficción o no. Esto mismo le llevaba a concluir, con toda lógica, que la sanción de lo ficcional (y, por tanto, de lo literario) tenía en estos casos, necesariamente, un estatuto pragmático, y, por consiguiente, que, a la hora de identificar un texto como literario frente a otro autobiográfico, lo verdaderamente decisivo era el conjunto de convenciones que hacían posible que el lector de autobiografía, pero no así el de novela, pudiese exigirle al autor veracidad y sinceridad en el relato de los hechos de su vida.

Este implícito giro hacia la pragmática literaria, que estaba contenido ya en *Poética de la ficción*, encuentra ahora un nuevo e importante episodio en el último libro de José María Pozuelo, este reciente *De la autobiografía*, que, si teóricamente no supone ninguna rectificación ni modificación de sus tesis anteriores sobre el género (prueba de ello es que se abre con una versión ligeramente ampliada del mismo capítulo cuarto de *Poética de la ficción*, sin cambiar ni siquiera el título de «La frontera autobiográfica»), sí contiene, en

cambio, un original e inédito intento de profundizar en la identificación y descripción del género, a través además de una serie de textos autobiográficos concretos, producidos tanto por autores españoles, caso de Castilla del Pino, como no españoles, caso de Philip Roth o Roland Barthes. Lo más original de todo, y lo que hace que este trabajo deba ser valorado como un nuevo hito en la producción de Pozuelo, es que todos estos análisis de textos concretos no sólo no serían ya análisis formal-estructuralistas como los que integraban *Del formalismo a la neorretórica*, sino que ni siquiera lo serían de textos *literarios*. En efecto, y puesto que, tal como él la concibe, la autobiografía no sería ficcional, ni por ende literaria, éste resulta ser el primer libro que el autor ha dedicado por completo a un género no literario o, lo que es lo mismo, el primero en el que ha dejado de ejercer de teórico de la literatura, en sentido estricto, para hacerlo ya de teórico de la cultura y, por tanto, de toda clase de géneros discursivos.

Sultana Wahnón Bensusan
Universidad de Granada